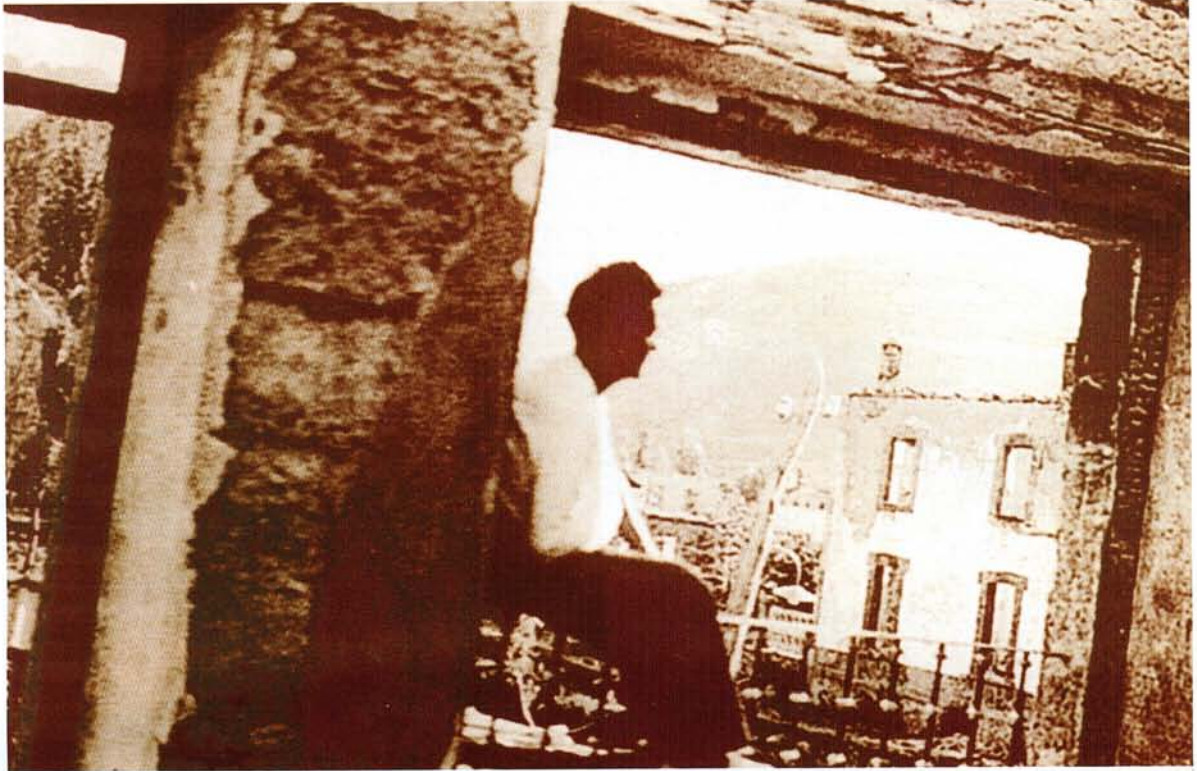


HUELLAS DE TODAS LAS GUERRAS



Un hombre observa desde la ventana de su casa quemada, en Canseco, el resto de los edificios de este pequeño pueblo de la montaña que han sufrido la misma suerte que el suyo. Otra herida más de aquella funesta Guerra Civil.

Donde los perdedores fueron todos

La guerra que vendrá / no es la primera. / Hubo otras guerras. / Al final de la última / hubo vencedores y vencidos. / Entre los vencidos, el pueblo llano / pasaba hambre. Entre los vencedores / el pueblo llano la pasaba también».

Son versos del gran Bertold Brecht, el

mejor dibujante de los desastres de todas las guerras, en las que el pueblo llano iguala a vencedores y vencidos pues para ellos todas las batallas son derrotas.

Van en estas páginas historias de perdedores, del bando vencido y del vencedor, historias humanas de supervivencia en los tiempos de la cólera. Hombres que hicieron de la cueva una casa, mujeres que parieron entre las bombas, familias que caminaron entre las nieves, españoles que se quedaron en Rusia, soldados cojos a la sombra de una victoria que sólo fue derrota para ellos... El pueblo llano.

P
e
r
s
o
n
a
j
e
s

L
e
o
n
e
s
e
s



Once largos años vagando de cueva en cueva

Tres cuevas distintas llegó a tener Gregorio García Díaz. Le conocían como 'Gorete' (los más cercanos simplemente 'Goro') y pasó once años de su vida en el monte, huido. Su pasado republicano le llevó a escapar al territorio que mejor conocía: el monte. Abajo, en Puebla de Lillo, sus familiares eran torturados. Arriba, él agudizaba el oído y contemplaba con los prismáticos los movimientos de los guardias. El no era un maqui. Su lucha dejó de ser política y simplemente intentaba sobrevivir... y demostrar su inocencia.

Como un perfecto Robinson, 'Gorete' hace sus labores, que también las había en el monte.

FOTO: ARCHIVO FAMILIAR

P
e
r
s
o
n
a
j
e
s

Un hombre en nido de águilas

«Nunca quise cuentas con las guerrillas. Veía esa acción como algo muy romántico y poco práctico», decía Gregorio García Díaz 'Gorete'. El tiempo le dio la razón, en ésa y en otras de las muchas reflexiones que escribió durante los once años que vivió en el monte.

No era un maqui. Simplemente sobrevivía en el monte. Su lápida y su diario cuentan mejor que nadie lo que fue su vida. Sobre su tumba se puede leer: 'Con tu sacrificio, valor y honradez conseguiste tu libertad'. En su diario, se refiere a «la odisea que, por circunstancias de la Guerra Civil, perdida por la República, en la que tomé parte, me tocó vivir. En bien de salvar mi vida y burlar la persecución de los vencedores fascistas, busqué asilo en estos peñascales, nido de águilas y de merodear animales dañinos que también huían del hombre con más o menos delito que yo».

Vivió en Madrid y «tenía simpatía por la gente de izquierdas», pero tras la muerte de uno de sus hermanos regresó a Puebla de Lillo, donde nació. Allí fundó el partido Radical Socialista, una socie-



El de San Juan de 1944 fue día de visita, pues amigos y familiares subieron al monte.

FOTO: ARCHIVO FAMILIAR

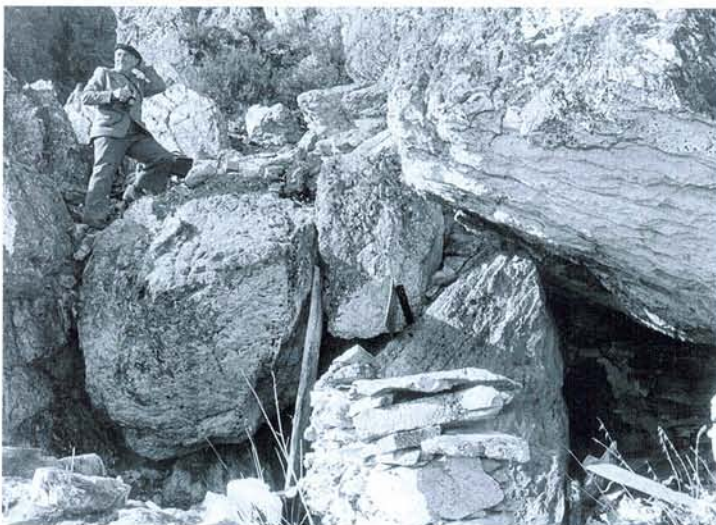


FOTO: ARCHIVO FAMILIAR

'Gorete' fotografiado junto al que fue su refugio casi cuarenta años después de abandonarlo.

dad ganadera y fue elegido presidente de la junta vecinal. En el verano de 1936, después de largas jornadas recogiendo la hierba, los vecinos de Puebla de Lillo se juntaban en la casa del pueblo para escuchar por la radio las noticias del Alzamiento. A los pocos días de producirse éste, 'Gorete' fue detenido. Se tenía que presentar dos veces al día en la jefatura del destacamento hasta que consiguió, con la excusa de ir a rescatar a su hermana de la zona roja, pasar a Asturias e incorporarse a

En los Júbiles en mi-cueva Refugio- recordado en visita el 15 de Abril de 1982 la ofensa que por las circunstancias de la Guerra Civil sufrí por la República en la que tomé parte y en lieu de salvar la vida y burlar la persecución de los vencedores Fascistas aunque salí en estos peñascos huido de Oviedo y de escapar animales salvajes que también huiran del hombre con mas o menos delito que yo a ser perseguido con terribles consecuencias. mi postura no es de arrepentimiento es de mirar el vacío que me separa de las alturas del peñascal tan vertical de solitud donde yo estuve muchos días oteando el horizonte en pos de tranquilidad o precauciones a mi seguridad y que hoy a tantos años pasados aún tengo sueños desagradables que me despiertan la tensión que me produce que me hace despertar y salir de tan mala situación

Gorete

«Estuve muchos días oteando el horizonte en pos de la tranquilidad o precauciones a mi seguridad que hoy, a tantos años pasados, aún tengo sueños desagradables que me despiertan la tensión», escribió 'Gorete'

Tantas horas tuvo para reflexionar 'Gorete' en la soledad de su cueva que la lectura de sus diarios resulta fascinante.

Una vida de película

La historia de 'Gorete' fue llevada, aunque sea en cierto modo, a la literatura y al cine. Parte de la novela 'Luna de lobos', del escritor leonés Julio Lamazares se inspira, directa o indirectamente, en las andanzas que 'Gorete' contó al novelista en los muchos encuentros que ambos mantuvieron y que luego

pasaron por el tamiz de la literatura. Más que nunca, en este caso también la realidad superó la ficción. Cuando la novela fue llevada al cine, por el director, también leonés, Julio Sánchez Valdés, los actores que la protagonizaron se entrevistaron con 'Gorete' para saber cómo era la vida de un huido. Santiago Ramos, Antonio Resines y Alvaro de Luna, que fueron los miembros del reparto, hablaron largas horas con 'Gorete'. Su viuda, Lices, aún presume enseñando sus autógrafos dedicados a quién les sirvió de inspiración.

las milicias de Gijón. Como el resto, el frente de Asturias también cayó y la Guerra Civil llegó a su fin, pero no para 'Gorete'.

El 14 de abril de 1939 se echó al monte. Se refugió en una cueva que conocía en el monte Vejiga, muy cerca de las minas de talco. Desde allí, con sus prismáticos, controlaba todos los movimientos que había en Puebla de Lillo y se comunicaba con su hermana Juana con las más diversas contraseñas: ropas tendidas, ventanas abiertas, el ganado en ésta o aquella finca... Llegó a vivir en tres cuevas distintas. Tanto era el tiempo que tenía que, en alguna de ellas, llegó a acolchar el suelo con urces e, incluso, a canalizar un pequeño arroyo, de modo que disfrutaba de agua corriente. Pero tantos años en el monte dejaron en su cuerpo un aroma tan salvaje que, según dicen, hasta las yeguas se espantaban al sentir su presencia.

Llegó a bajar para velar el cadáver de su madre, aún con los guardias sobre aviso. En las cunetas le dejaban el diario 'Arriba' que era, paradójicamente, a través del que se informaba. «El periódico me resultaba más imprescindible que el pan», decía 'Gorete', que vivió obsesionado por la marcha

15 de Abril 1982 sobre las penas que bajo de ellos
 tuve yo mi Refugio donde yo hice vida buscando la persecucion del
 Regimen Fascista de Franco donde en cada guerra de España tuvieran
 una cantidad de colaboradores y admiradores que yo tuve que saber
 ocultar mi presencia a tanto pelotero enemigo desde el 2 de
 Octubre de 1937 al 25 de Enero 1949. en ella todo fue valor y suerte.

Gorete

Estas son algunas de las notas que 'Gorete' escribió para acompañar las fotografías de aquella época en la que vivió en el monte.

15 de Abril 1982 en mi Refugio de los Dolores
 Para ambos que desde aquí se contemplan hoy, tiene recuerdos que terminaron en esta también con vicisitudes y contrariedades que unimos a la
 infirmitad y separación hijos, orfello que hoy también nos lleva de
 dolor en sus reminiscencias sobre en mi historia y por estos
 tiempos donde yo tengo páginas interesantes de mi vida desde
 el 1939 al 1949. el 29 cuando hicimos la casa, luego el 36 cuando los fascistas
 me sacaron de ella a punto de Pipeta, el 37 con trampa y de noche, contamele las penas
 sufridas en la guerra y yo ya víctima de haber perdido la memoria y ir en busca de nadie
 y sin me hicieron posible sobrevivir buscando la eventual persecución del enemigo más
 adelante de luego en buscar por sus días.

Gorete y hijos

de la II Guerra Mundial, pensando que la victoria aliada terminaría con el régimen franquista.

Su obsesión por la seguridad era tal que llegó a desarrollar su propias medidas de supervivencia. Decía 'Gorete' que, en los diez años que pasó en el monte, el oído se le agudizó extraordinariamente. La suya era una vigilancia continua. Encontró armas y pólvora abandonadas por el puerto San Isidro. «Iba a todas partes con 75 tiros», decía él. Controlaba el pueblo con prismáticos y sabía que la mejor forma de mantenerse vivo era que le dieran por muerto. Por eso no quería decir a su familia dónde estaba exactamente, aunque eso no sirviera para

evitar las torturas y las palizas que, sobre todo, recibió su hermano Nicanor, y por eso no quiso saber dónde se escondían los maquis con los que a veces se encontraba: «Por si había luego un encontronazo y me echaban a mí las culpas».



La vida del huido en el monte dejaba tiempo para tallar en madera sus propios utensilios, como demuestra la fotografía.

FOTO: ARCHIVO FAMILIAR



1944

«Preparado para salir en misión, al atardecer del 19 de marzo de 1944», escribe 'Gorete' en esta fotografía.

Y

1982



De visita a la que fue su cueva, la de los Lobiles, años después.

FOTO: ARCHIVO FAMILIAR

Gorete sabía que la mejor forma de seguir vivo era que la Guardia civil le diese por muerto. Por eso nunca quiso que su familia supiera su paradero, aunque eso no sirviera para evitar las palizas y torturas que sufrieron sus hermanos

Pero, por más que lo quiso evitar, llegó el día en el que la Guardia Civil detuvo a un maqui que había tenido contactos con 'Gorete', y así descubrieron que seguía vivo. Desde el monte, con sus prismáticos, él podía ver los preparativos de su captura. Atrás quedaban inútiles intentos de huir a Francia en un viaje que estuvo preparando durante meses y para el que contaba con la ayuda, precisamente, del autobús de Catalina Fernández, aquella pionera del transporte que apareció en los pri-

meros fascículos de esta colección. Su autobús pasó a convertirse en camión dedicado al transporte de pescado. Lo conducía un hijo de Catalina, que viajaba regularmente a Francia. Llegaron a tener preparados, incluso, los pormenores del viaje, pero al final no pudo ser.

Los rumores creían por el pueblo. «Que se tome una botella de coñac y que se pegue un tiro», le decían a sus familiares. El renegaba: «Así estaría reconociendo que soy un criminal y yo lo que quiero

es demostrar mi inocencia». Mantuvo un «emocionante» encuentro con su amigo Jaime Alonso, hombre muy influyente en Lillo. Este le preguntó si tenía delitos de sangre y 'Gorete' se limitó a contestar que «había estado en el frente». Le dijo que respondería por él.

El 26 de enero de 1949 se entregó. Cumplió unos meses de condena en la prisión de Puerta Castillo y, en mayo, consiguió su ansiada libertad. Vivió el resto de su vida en Puente Castro, envuelto en recuerdos.



El sargento de infantería Félix Robles Martínez.

Dos guerras para una sola vida

Por los deseos de los más, según mi opinión, desde allí, desde el barco, podríamos haber empezado a hacer la guerra contra los ingleses de Gibraltar». Así contaba el leonés Félix Robles Martínez cómo partió hacia Rusia «para cobrarles a los rusos lo que nos habían hecho en la Guerra Civil». Toda una declaración de intenciones la de este leonés que combatió en conflicto bélico español del lado del ejército franquista y en la Segunda Guerra Mundial en las filas de la División Azul. Fue el sargento del grupo

de regulares de infantería número 9. Félix Robles Martínez estaba en Ceuta cuando su compañía fue elegida para formar parte de la División Azul. El hecho de que su compañía fuera seleccionada «fue para mí como un regalo del cielo».

Todos los militares que formaron parte de la División Azul se reunieron en Madrid el 16 de julio de 1941 para salir, vía Hendaya, a la Europa en guerra: «Era el día del Carmen y en Madrid no funcionaban ni los taxis. Habían ido a verme mi madre y mi padre, pero no fueron capaces de encontrarme y me fui sin despedirme de ellos».

La primera parada de aquel viaje fue en un campamento nazi, donde los soldados españoles de Muñoz Grandes eran adiestrados en la lucha, juraban fidelidad a Hitler e, incluso, aprendían a combatir la guerra química de la que tanto se habla ahora pero que ya existía entonces. «Yo vi cómo se les caía la carne a trozos con ese gas color betún».

Dobles pérdidas

En bastantes ocasiones se ha hablado de muchas de las víctimas de la Guerra Civil española que tuvieron que exiliarse y terminaron padeciendo luego las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial. En algunos de los casos, la suya fue una doble pérdida. Muchos de ellos

llegaron a perder, incluso, la posguerra, pues varios de los gobiernos que llegaron a España tras el franquismo, incluso los de izquierdas, ignoraron por completo a los españoles que tuvieron que salir de su país y que padecieron dos guerras... y muchos años de olvido.

«Cuando partimos desde Ceuta hacia Rusia, por los deseos de la mayoría, hubiéramos empezado la guerra allí mismo contra los ingleses de Gibraltar»

De ese modo, la vida de este leonés pasó del calor del desierto africano a la gélida estepa de Polonia. Un país, por cierto, que los nazis «reconquistaron, no invadieron», según matizaba el veterano leonés en una entrevista concedida a este periódico en el verano de 1989.

Llegó lo malo, lo que siempre se sabe que llega en cualquier guerra. Los aliados comenzaron a serlo cada vez más y a sumar sus fuerzas de una forma más efectiva. Y el aliado más cruel, como tantas veces se ha dicho, fue el invierno. «Tuve que masajear a muchos compañeros las piernas y los brazos. Todo se les quedaba congelado. Hasta la sangre parecía morada bajo la piel. Murieron muchos que no tenían que haber muerto... Pero al final demostramos que éramos tan buenos como ellos, que éramos unos jabatos», afirmaba Félix Robles Martínez, en referencia a que muchos pensaron que los españoles no iban a ser capaces de resistir los rigores del invierno polaco. «Ellos

pensaban que íbamos como mercenarios, pero vieron que moríamos como soldados».

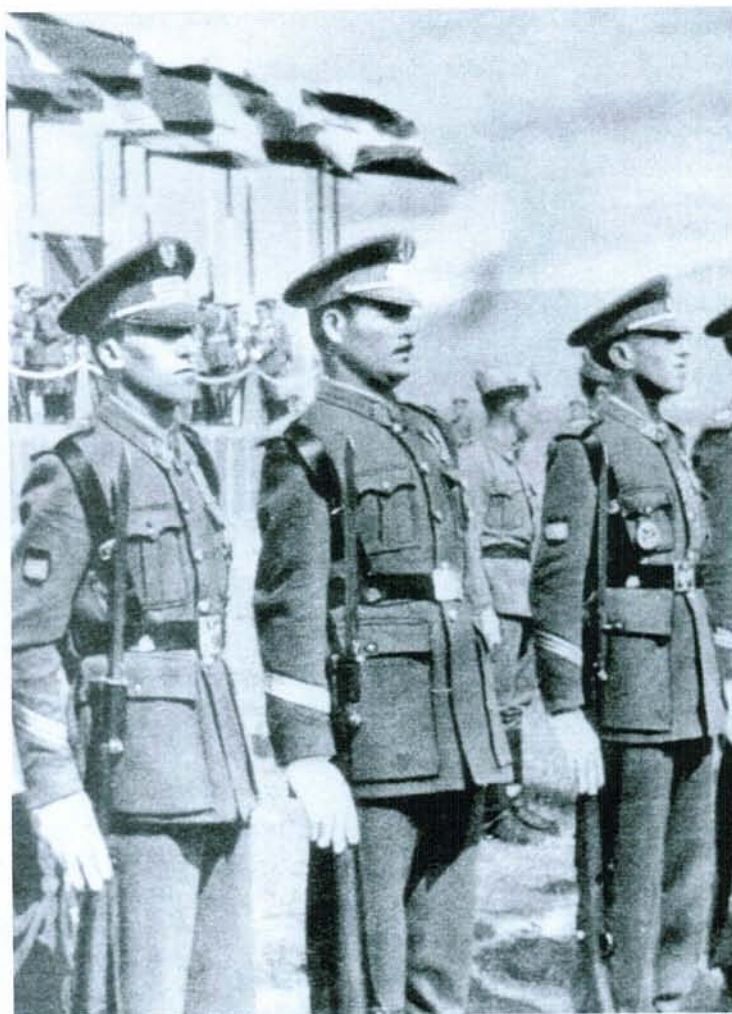
Marchas de mil kilómetros a pie sobre la nieve que cubría Polonia y lo que hoy es Bielorrusia fueron las causantes de muchas muertes. Pero, obviamente, también pasó factura la mano del hombre: «En Vitebsk fue-

ron las primeras carnicerías, el bombardeo de la artillería y las minas».

Después de cruzar Europa en busca de la guerra, después de padecer la crudeza del invierno polaco, quedaba, en el mejor de los casos, el viaje de vuelta: «Yo no volví derrotado de Alemania. Fui repatriado en 1943, después de que me liberaran de mi

juramento a Hitler».

Sin embargo, de vuelta a León, después de haber luchado en dos guerras, aún quedaban espacio en la mente del sargento Robles para pensar en lo que hubiera sido la victoria, «en si Hitler no se hubiera detenido en Hendaya, si las tropas nazis hubieran llegado a las Canarias y hubieran reforzado un frente en Turquía, el sueño alemán habría sido alumbrado».



El sargento Robles, en el centro, en un desfile con la División Azul.

«Los alemanes pensaban que nosotros íbamos como mercenarios, pero luego vieron que veníamos como soldados», recordaba el sargento Robles, para quien el hecho de que su compañía fuera seleccionada para entrar en la División Azul «fue un regalo del cielo»

Aprovecha ahora y haz todas las fotos que quieras porque no las voy a enseñar nunca más a nadie. Ya me sacaron en otro libro y no quiero parecer vanidosa porque nunca lo fui. Lo hago para que se sepa lo que ocurrió, para que la gente se entere de lo que les pasó a mi marido y a otros desgraciados como él, que nunca odiaron a nadie pero les mataron. Y yo me voy a morir sin rencor, como pasé toda la vida, porque yo tampoco odié a nadie nunca. Lo único que deseo en este mundo es que no vuelva a pasar lo que pasó.

Los 92 años de Francisca Nieto la han dejado prácticamente sorda pero la han respetado intactas la dignidad y la belleza. En 1933 fue Miss Ponferrada. Luego, como la define Santiago Macías en su libro 'El monte o la muerte', fue «una Miss en la guerrilla». Paquina la llamaban los maquis y la llaman ahora sus compañeros de la residencia de ancianos Flores del Sil, en Ponferrada. No quiere hablar de que fue nombrada la más guapa de su ciudad. «Eso fue una tontería tan grande que ni me acuerdo».

Era de una familia muy religiosa pero se enamoró de Vicente Campillo, uno de los principales líderes sindicales del Bierzo en 1935. Acababan de tener un hijo cuando estalló la guerra. Murieron casi veinte mineros cuando las fuerzas sublevadas entraron en Ponferrada, dos días después del Alzamiento. Campillo, que terminó muriendo en el cerco de Oviedo, reunió a los que habían huido a los montes cercanos a Ponferrada y se fueron a reforzar el frente asturiano. Comenzó entonces la pesadilla de Paquina, que fue encarcelada cuando su hijo te-

Francisca Nieto, 'Miss Guerrilla'

nía tan sólo un mes. «Se llamaba Alberto el Progreso. Yo nunca había oído esa palabra hasta entonces, y mi marido me dijo: 'progreso es aquello por lo que yo lucho'».

Cuando murió su marido, Paquina pasó a estar en libertad vigilada, lo que significa que se sucedieron múltiples detenciones, especialmente antes de alguna fecha



FOTO: DAVID RUBIO

Francisca Nieto muestra una fotografía en la que aparece con su marido, el difunto Vicente Campillo.

conmemorativa. Puso un comercio en Ponferrada y fue entonces cuando comenzó a tener contactos con los guerrilleros que volvían del frente asturiano. «Les ayudé no por política sino por lealtad a mi marido». La mala suerte se cebó con ella. En una casa de Columbrianos, la Guardia Civil encontró algunos documentos firmados por ella con las iniciales LMDC. Quería decir 'La Mártir De la Causa', pero los guardias entendieron 'La Mujer de Campillo'. Un consejo de guerra y tres años de cárcel fueron la conclusión del acertado error.

Cuando salió, la vida en Ponferrada se le hacía insoportable. Con la ayuda de uno de sus ocho hermanos, que había emigrado años atrás, y de su prima, que habló con un teniente coronel para que no pusiera pegas a su marcha, Paquina se fue a Argentina en 1948. Dice que su hijo se pasó el viaje llorando y cantando 'El emigrante', de Juanito Valderrama.

Hasta que se jubiló en 1982, Francisca Nieto vivió en Argentina. Allí perdió a su hijo, que murió con 46 años, dejando mujer e hijo. Entonces, Paquina regresó a su tierra. «Allí no me pudieron tratar mejor, pero añoraba mucho mi tierra y a mi gente».

«A los huidos yo no les ayudé por ideas políticas sino por lealtad a mi marido, al que mataron muy joven sin que nunca jamás hubiese odiado a nadie», afirma Paquina Nieto



En Argentina, Paquina fue la abanderada de las mujeres voluntarias.

Los españoles son bienvenidos a la República Argentina. Que las lágrimas que han llorado en España sirvan para regar nuestros campos», dijo el capitán del barco en el que emigraron Francisca Nieto y

Exilio en Argentina

su hijo Alberto del Progreso, después de que ella cumpliera la pena de 3 años a la que fue condenada por colaborar con la guerrilla. No fue

sólo una declaración de intenciones. Paquina disfrutó durante casi cuarenta años de la hospitalidad argentina. Ella enseguida encontró un trabajo y compró un terreno baldío que sembró y le sirvió para regalar sus frutos a los que con tanta amabilidad la habían acogido. «Había ido allí para ser libre, aunque fuera pobre», sentencia. Cuando se jubiló, comenzó a trabajar en un hospital de pobres. Era la abanderada de las voluntarias, como se puede ver en la fotografía que aparece en la parte superior de esta página.



FOTO: ARCHIVO FAMILIAR
Francisca Nieto fue Miss Ponferrada en 1933.

Surcó los cielos de medio mundo en medio de la II Guerra Mundial para terminar vi- viendo en León. Voló más de 10.000 horas y vio cómo su carrera de piloto se truncaba por un accidente de tráfico. La vida de Thomas Maxwell-Hudson desmonta muchos de los tópicos que las películas americanas han creado en torno a la guerra: «Esas películas me parecen una tontería. Me pongo nervioso cuando las veo. Los que hemos tenido la suerte de sobrevivir sabemos que en la guerra había que tener dos cualidades: suerte y profesionalidad. Lo de tanta gloria y patriotismo es muy americano. La única idea que defendíamos nosotros era la democracia».

Thomas Maxwell-Hudson ingresó en la policía de Londres, su ciudad natal, para especializarse en el equipo antidroga. Una vez allí, tuvo la oportunidad de cumplir su sueño: ser piloto. Pero seis meses después de conseguir sus licencias, estalló la II Guerra Mundial. Ingresó voluntariamente en la Royal Air Force y tuvo como destinos Inglaterra, Gibraltar, India, Ceilán (actual Sri Lanka) y Birmania. Le derribaron tres veces. En su recuerdo quedó especialmente marcada una de ellas, la que se produjo al norte de Sumatra, después de bombardear a muy baja altura una base japonesa. Perdió el motor derecho y el alerón izquierdo de su Catalina PBM 5. «Me hicieron 183 agujeros en el avión y aún tuve que hacer casi 2.000 kilómetros an-



FOTO: SECUNDINO PEREZ

Thomas Maxwell-Hudson muestra algunas de las medallas que le fueron concedidas durante su militancia en la Royal Air Force.

Por los cielos de medio mundo en medio de la guerra

«Para sobrevivir en la guerra hacen falta dos cosas: suerte y profesionalidad. Lo del patriotismo es una tontería de las películas americanas. La única idea que defendía yo era la democracia»

tes de aterrizar. Era tan difícil sujetar aquel bicho que, cuando llegué, los guantes de cuero que llevaba puestos se me había roto».

También pisó Thomas Maxwell-Hudson la jungla de Birmania, donde tuvo que hacer un aterrizaje de emergencia y, luego, atravesar a pie, «escondiéndonos de día y avanzando de noche», las líneas japonesas.

En el 1992, en una entrevista publicada por este periódico, Thomas Maxwell-Hudson afirmaba que «la guerra es una tontería. Si los políticos hubieran tenido más valor, se hubiera evitado la guerra o, al menos, hubiera sido más corta. Aunque parezcan inevitables las guerras hoy en día se fabrican por los políticos, que manipulan a la gente ignorante».

Su profesión le sirvió para encontrar trabajo una vez que terminó la guerra. Primero fue contratado por una empresa noruega para llevar salmón desde el norte del país hasta Oslo, y luego por una compañía holandesa dedicada a explotaciones petrolíferas en Nueva Guinea, Manila y Australia. Enamorado de la enseñanza, Thomas Maxwell-Hudson dirigió un colegio inglés en Italia y, finalmente, se trasladó a León, la tierra de su mujer, a la que había conocido en Inglaterra antes de que comenzara su odisea por los cielos de medio mundo.